FICCIONES Y REALIDADES DE *DON QUIJOTE* A *LA TRIBUNA*

Xavier ESCUDERO
Université Littoral Côte d'Opale

En español, destaque una problemática que le permita organizar una reflexión a partir de los documentos siguientes en relación con el eje «Fictions et réalités».

DOCUMENTO 1 :

La fábrica de tabacos de Marineda fue centro simpatizador (como ahora se dice) para *la federal.* De la colectividad fabril nació la confraternidad política; a las cigarreras se les abrió el horizonte republicano de varias maneras: por medio de la propaganda oral, a la sazón tan activa, y también, muy principalmente, de los periódicos que pululaban. Hubo en cada taller una o dos lectoras; les abonaban sus compañeras el tiempo perdido, y adelante. Amparo fue de las más apreciadas, por el sentido que daba a la lectura; tenía ya adquirido hábito de leer, habiéndolo practicado en la barbería tantas veces. Su lengua era suelta, incansable su laringe, robusto su acento. Declamaba, más bien que leía, con fuego y expresión, subrayando los pasajes que merecían subrayarse, realzando las palabras de letra bastardilla, añadiendo la mímica necesaria cuando lo requería el caso, y comenzando con lentitud y misterio, y en voz contenida, los párrafos importantes, para subir la ansiedad al grado eminente y arrancar involuntarios estremecimientos de entusiasmo al auditorio, cuando adoptaba entonación más rápida y vibrante a cada paso. Su alma impresionable, combustible, móvil y superficial, se teñía fácilmente del color del periódico que andaba en sus manos, y lo reflejaba con viveza y fidelidad extraordinarias. Nadie más a propósito para un oficio que requiere gran fogosidad, pero externa; caudal de energía incesantemente renovado y disponible para gastarlo en exclamaciones, en escenas de indignación y de fanática esperanza. La figura de

la muchacha, el brillo de sus ojos, las inflexiones cálidas y pastosas de su timbrada voz de contralto, contribuían al sorprendente efecto de la lectura.

Al comunicar la chispa eléctrica, Amparo se electrizaba también. Era a la vez *sujeto agente y paciente*. A fuerza de leer todos los días unos mismos periódicos, de seguir el flujo y reflujo de la controversia política, iba penetrando en la lectora la convicción hasta los tuétanos. La fe virgen con que creía en la Prensa era inquebrantable, porque le sucedía con el periódico lo que a los aldeanos con los aparatos telegráficos: jamás intentó saber cómo sería por dentro; sufría sus efectos sin analizar sus causas. ¡Y cuánto se sorprendería la fogosa lectora si pudiese entrar en una redacción de diario político, ver de qué modo un artículo trascendental y furibundo se escribe cabeceando de sueño en la esquina de la mugrienta mesa, despachando una chuleta o una ración de merluza frita! ¡La lectora, que entendía cómo sonaba aquello de «Tomamos la pluma trémulos de indignación», y lo otro de «La emoción ahoga nuestra voz, la vergüenza enrojece nuestra faz», y hasta lo de «Y si no bastan las palabras, corramos a las armas y derramemos la última gota de nuestra sangre»!

Lo que en el periódico faltaba de sinceridad, sobraba en Amparo de crédulo asentimiento.

Emilia Pardo Bazán, *La Tribuna*, Madrid,
Ediciones Cátedra, 2017, Capítulo IX, p. 105-106.

DOCUMENTO 2 :

–¿Qué hay de política, amigo Maltrana? ¿Cuándo viene «la nuestra»? ¿Es verdad que el gobierno está al caer?...

El llamado Maltrana hizo un gesto de indiferencia al mismo tiempo que encendía su cigarro. Era un joven de escasa estatura, pobremente vestido. [...]

Toda su persona denunciaba la miseria de una juventud que lucha desorientada, sin encontrar el camino. Sus botas mostraban los tacones rotos y el cuero resquebrajado bajo los roídos bordes del pantalón. Un macferlán de un negro rojizo servíale de abrigo, y por entre las solapas mostraba con cierto orgullo su único lujo, el lujo de la juventud mísera, una gran corbata de colores chillones, que ocultaba la camisa, y un cuello postizo alto, de rígida dureza, pero cuyo brillo había tomado, con el uso, una blancura amarillenta de mármol viejo.

–¿Qué hay de política? –dijo otra vez el empleado.

Y Maltrana terminó su gesto de indiferencia. Los cambios de ministerio y lo que se decía en el Congreso le inspiraba escaso interés. Allá en la redacción, donde pasaba la noche, hablaban horas enteras de tales cosas, sin que él se esforzase por retener en su memoria una sola palabra, abstraído en la lectura de periódicos y revistas. ¿Cómo podían interesar a nadie tales futilidades?... Pero con el deseo de agradar a aquel buen amigo que le trataba con cierto respeto por escribir en los papeles públicos, hizo un esfuerzo y contestó, sin saber ciertamente lo que decía:

–Sí, creo que el gobierno va a caer. Algo he oído de eso en la redacción.

–¿Y los «hombres»? ¿Qué dicen los «hombres» de estas cosas?

Isidro Maltrana sabía que los tales «hombres» eran los redactores del periódico en que él trabajaba, los que tejían el artículo de fondo y la información política, los «pájaros gordos», como los designaba por antonomasia el empleado, viendo en ellos a los depositarios del secreto nacional, a los únicos profetas del porvenir.

–Pues los «hombres» –contestó el joven con cierta timidez, como si le repugnase mentir– creen que esto marcha bien y que muy pronto vendrá «la nuestra».

–Lo mismo digo yo.

Y tras esta afirmación enérgica, que rebosaba fe, el empleado miró con cierta envidia a aquel joven de mísera facha, que podía tratarse de igual a igual con los «hombres».

Vicente BLASCO IBÁÑEZ, *La Horda*,
Madrid, Alianza Editorial, [1905] 1998, Capítulo 1, p. 18-19.

Documento 3 :

Gustave Doré, «Tome I. Première partie : Don Quichotte lisant et envahi par les personnages de ses livres de chevalerie. Son imagination se remplit de tout ce qu'il avait lu », *Illustrations de l'Ingénieux hidalgo Don Quichotte de la Manche*, 1863.

(<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b22001777/f5.item>)

El dosier se compone de tres documentos, dos textuales (documentos 1 y 2) y uno, iconográfico (el grabado de Gustavo Doré).

El primer documento es un fragmento del capítulo IX de la novela *La Tribuna* (1883) de Emilia Pardo Bazán (1851-1921). Este capítulo titulado «La gloriosa» no solo arraiga la novela en el terreno de la Historia reciente de España con los sucesos de la Revolución de 1868 sino que revela la ingenuidad de la protagonista apodada *la Tribuna* quien cree fiel y fuertemente en el poder de la palabra escrita y manifiesta una experiencia ingenua de lectura de la prensa política y revolucionaria. La novela se publica en 1883, es decir, diez años después de los hechos narrados (entre la Septembrina o la Gloriosa de 1868 y la Primera República de 1873 pasando por el reinado de Amadeo I de Saboya de 1871-1873) y se interesa por la lucha obrera, más precisamente por el mundo de las cigarreras de la Palloza coruñesa, que Emilia Pardo Bazán observó y estudió durante dos meses.

El documento 2 proviene del capítulo 1 de la novela *La Horda* (1905) escrita por Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), autor prolífico (y también guionista de cine), coetáneo de la escritora coruñesa, autor de novelas como *Cañas y barro* (1902) o *Sangre y arena* (1908) y fundador de una revista republicana, *El Pueblo*, en 1891. El personaje principal, Isidro Maltrana, es un joven escritor que sueña con acceder a la gloria literaria pero su recorrido vital –se casa y tiene un hijo al final de la novela– lo lleva a sopesar, relativizar su sed de idealismo. La fecha de publicación de *La Horda* es posterior al desastre de 1898 y, pues, coetánea del periodo de Regeneracionismo, o sea, de la voluntad de dar un nuevo soplo a la realidad española tras la crisis colonial. Isidro dialoga en plena calle y en medio de la actividad obrera de la mañana con el jefe del fielato de Cuatro Caminos en Madrid, fingiendo creer en las ideas revolucionarias vehiculadas por el periódico en el que trabaja.

El tercer documento es un grabado de Gustave Doré (1832-1883) de 1863 que representa al ilustre personaje novelesco creado por Miguel de Cervantes, don Quijote de la Mancha, sentado y rodeado de libros en su biblioteca invadida por criaturas fantásticas o escenas de batallas. Este grabado de Gustave Doré ilustra un episodio de la primera parte de la novela en el que don Quijote está creando su propio personaje a partir de lecturas de libros de caballerías, motor de su imaginación y de la creación de sus propias ficciones.

Estos tres documentos agrupados aquí nos invitan a reflexionar sobre la noción «Ficciones y realidades» y, precisamente, sobre el conflicto que se crea entre ambas nociones aunque ya podemos aducir que la literatura y el arte permiten reunirlas de modo casi natural. Estas dos nociones antitéticas ¿se oponen de manera irreconciliable o, por el contrario, caminan juntas? ¿Cómo se accede a la creación de ficciones? ¿Qué fuerza ejerce la/las realidad/es sobre la ficción y viceversa?

A fin de intentar contestar a estas preguntas varias nos fijaremos, en una primera parte, en el sentido que cobra el poder de la ficción gracias a la lectura en la constitución de los tres personajes aquí reunidos: en el caso de Amparo cuyos pasos los guían los ideales republicanos, en el de don Quijote convencido de la realidad caballeresca o en el de Isidro Maltrana, que mantiene, mintiendo, la falacia de lo escrito en la prensa. Después, veremos cómo las ilusiones de estos personajes chocan duramente contra la realidad para acabar siendo grotescos o desengañados. Por fin, tanto la literatura como el arte son productores de ficciones que dan acceso a realidades observadas o puramente librescas: así obra el proceso de creación, dando a ver realidades en ficciones que son ellas mismas realidades artísticas.

Los tres documentos del dosier otorgan mucha importancia a la lectura tanto de novelas de caballerías como de la prensa. La lectura se presenta como el motor de la imaginación, de la fantasía, como lo había defendido tan apasionadamente Ana María Matute en su discurso de ingreso en la Real Academia Española el 18 de enero de 1998 titulado «En el bosque», metáfora de la lectura y de la escritura y cuyas citas nos permiten entrar en el meollo de la reflexión que nos guiará en nuestra primera parte:

> Jamás había experimentado, ni volvería a experimentar en toda mi vida, una realidad más cercana, más viva y que me revelara la existencia de otras realidades tan vivas y tan cercanas como aquella que me reveló el bosque, el real y el creado por las palabras. (p. 16-17)

> Siempre he creído, y sigo creyendo, que la imaginación y la fantasía son muy importantes, puesto que forman parte indisoluble de la realidad de nuestra vida. (p. 23) («En el bosque», discurso leído el 18 de enero de 1998 por Ana María Matute; documento disponible en la página internet de la Real Academia Española:

<https://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_Ingreso_Ana_Maria_Matute.pdf>).

La imaginación es la que obra en don Quijote hasta tal punto que, en su caso, vence la realidad, se impone a ella para dejar volar la fantasía tal y como lo ilustran perfectamente las figuras fantasmagóricas que pueblan el espacio reducido del cuarto de lectura. Don Quijote elabora y construye su conciencia heroica de la misma manera que Amparo cree firmemente en el poder de las palabras periodísticas para crear su propia envoltura heroica y, a fuerza de «forjarse ilusiones», acabar siendo *la Tribuna*. Tanto don Quijote como Amparo –varios críticos hacen hincapié en la dimensión quijotesca del personaje inventado por Emilia Pardo Bazán– imaginan aventuras extraordinarias: el casarse con un burgués forma parte de esta ficción de Amparo. Como don Quijote, es tan loca como noble, ridícula como atrevida. En el documento 3, don Quijote alza la espada de su imaginación, desde un trono desprestigiado, falso, hacia el vasto campo de sus aventuras; un campo repleto de escenas improbables, fantásticas. Amparo amalgama en su mente los mensajes revolucionarios y su propio deseo de emancipación y de justicia social, ya que el caballero de la triste figura posee una fantasía desbordante. Su arma es su voz que va forjando en la lectura apasionada de artículos de prensa falsamente idealistas.

En el grabado del documento 3, Gustave Doré, tomando como base la novela y siguiendo los pasos de Miguel de Cervantes, ilustra a un Alonso Quijano quien ocupa sus ratos libres leyendo de manera abusiva toda clase de libros de caballerías hasta perder el juicio y convencerse de hacerse caballero andante con el nombre de don Quijote de la Mancha para ir en busca de aventuras por el mundo, enderezar todo tipo de agravio. Decidió bautizar su flaco rocín con el nombre Rocinante y encontrar a su dama en la persona de la labradora Aldonza Lorenzo que decide llamar Dulcinea del Toboso. Pero, como las apariencias, las palabras engañan y forman parte de un proceso o circuito profesional, casi mecánico, así como lo da a entender la actitud de Isidro Maltrana quien, por no defraudar a su interlocutor, alimenta, mintiendo, el deseo del otro (como el autor que crea ficciones para entretener o dar otra imagen de la realidad):

> Pero con el deseo de agradar a aquel buen amigo que le trataba con cierto respeto por escribir en los papeles públicos, hizo un esfuerzo y contestó, sin saber ciertamente lo que decía:
>
> –Sí, creo que el gobierno va a caer. Algo he oído de eso en la redacción. (doc. 2, l. 17-20)

Como Amparo en *La Tribuna*, Isidro Maltrana en *La Horda* decide cumplir con una «misión» de propagandista. En efecto, conocedor del sentido de las palabras, y sobre todo, del modo de asociarlas, miente por mantener intacta la ilusión creada por el periódico. Amparo es un personaje imbuido de entusiasmo, fascinado por las letras impresas como el bohemio Isidro Maltrana lo había sido antes de caer en el desengaño, pues como escribía Emilio Carrere (1881-1947) en *Retablillo grotesco y sentimental*:

> La letra de molde tiene singulares fascinaciones, y a pesar de lo efímero de la gloria periodística, del trabajo duro que devora la salud, del desamparo social en que se hallan los folicularios, a todos nos sigue hechizando este menester de hacer artículos con nuestro nombre al final. Y este afán de escribir es un vacío tan fuerte como el alcohol o la morfina, y embriaga de la misma grata manera. (Madrid, Castalia Ediciones, 1999, p. 95-96)

De hecho, los efectos de la lectura de periódicos son potentes en Amparo: se transforma en «fogosa lectora» (doc. 1, l. 28) cuya «fe virgen con que creía en la Prensa era inquebrantable» (doc. 1, l. 25-26). Lo mismo ocurre en el caso de don Quijote, tan apasionado y poseído «hasta los tuétanos» de los altos valores de la caballería que su «alma» se deja impresionar por las aventuras contadas hasta tal punto de dar voz, gesto y movimiento a su imaginación, así como Gustave Doré ha querido representarlo en su grabado paradigmático de cómo la ficción se impone a la realidad (documento 3). Se ve al personaje cervantino tan enardecido por las ficciones representadas en la cantidad de libros esparcidos por el espacio de su biblioteca que las fantasmagorías de su imaginación, las proyecciones fantásticas de su cerebro cobran cuerpo y realidad. Fácilmente, se puede trasponer esta gestualidad iconográfica a la descripción novelesca realizada por la voz narradora a propósito de la actitud de Amparo al leer los periódicos entre las líneas 8 y 14 del primer documento y cuyas frases largas, repeticiones de gerundios y ritmo dan cuenta de la transformación de Amparo en una «chispa»

verbal, en un ser de palabras. El uso de «fogosidad»/»fogosa» (doc.1, l. 17 y 28); «eléctrica»/«electrizaba» (doc.1, l. 22) dan idea de un personaje totalmente apasionado con su tarea de lectora-oradora. Así, ambos personajes destacan por su teatralidad, de la que dan perfectamente cuenta tanto el grabado de Gustavo Doré por la fuerte expresividad del gesto y de los ademanes de don Quijote, como la riqueza de la adjetivación, el uso de la sinonimia y del campo léxico-semántico del entusiasmo y de la pasión aplicados a la descripción y caracterización de Amparo. Don Quijote, muy letrado, se deja vencer por la imaginación a fin de dar forma a sus principios, como bien había expresado Calderón de la Barca (1600-1681) en los versos 1197 a 1202 de la Jornada II de *La vida es sueño* (1635). Además, la novela *Don Quijote de la Mancha* representa un ataque contra los libros de caballerías que han secado el cerebro de Alonso Quijano hasta perturbarle el juicio y hacerle creer que los molinos eran gigantes (Parte I, capítulo 8). En el grabado de Doré, se manifiesta la locura del personaje por su actitud teatral: Alonso Quijano se convence totalmente de las aventuras de un Amadís de Gaula, un Tirante el Blanco o un Lanzarote del Lago que su imaginación proyecta en la realidad circundante sus propias figuraciones: monstruos, gigantes, batallas encarnizadas que pueblan el espacio y el mobiliario de su biblioteca (doc. 3). Amparo, como don Quijote, se impregna de sus lecturas («A fuerza de leer todos los días unos mismos periódicos, de seguir el flujo y reflujo de la controversia política, iba penetrando en la lectora la convicción hasta los tuétanos», doc. 1, l. 22 a 25) hasta tal punto que pierde el hilo de la realidad o el de su condición social. Además, tanto en el caso de don Quijote como de Amparo, la frontera entre lo admirable y lo risible de su actitud es muy fina: Cervantes y Emilia Pardo Bazán hacen uso, a este respecto, de la ironía en el tratamiento del personaje central; una ironía, claro, simpatizante y no destructiva –a pesar de su intención piadosa anunciada en el prólogo de no hacer sátira política, la novela de Pardo Bazán demuestra lo contrario–. Don Quijote como Amparo construyen su propio personaje: don Quijote elige su nombre de caballero y adapta la realidad a su voluntad fantasiosa; Amparo se convence de su papel y su orgullo –sabe leer como lo precisa la línea siete del documento 1– la llevará a adoptar la forma y la actitud de una verdadera oradora política hasta, como en el caso de don Quijote, llevarla a lo ridículo, por lo menos, a lo «hiperbólico»:

«Lo que en el periódico faltaba de sinceridad, sobraba en Amparo de crédulo asentimiento» (doc. 1, l. 35-36). Tanto el gesto y la compostura del Quijote del grabado de Doré (doc. 3) como la descripción de la actitud (gesto y ademán) de Amparo del pasaje del capítulo IX insisten en el desfase del personaje, en su paradoja entre las ficciones en las que cree y la realidad de los hechos contados u ocurridos. Si, por un lado, la Tribuna pone mucho énfasis teatral en la lectura hasta desempeñar un verdadero papel, por otro lado, la voz narradora precisa que su lectura, y, entonces, su comprensión, sólo es superficial, «externa» (doc. 1, l. 17) lo que da la idea de una protagonista caracterizada sólo por una envoltura, una apariencia sin consistencia, una belleza de cómica:

> Su lengua era suelta, incansable su laringe, robusto su acento. Declamaba, más bien que leía, con fuego y expresión, subrayando los pasajes que merecían subrayarse, realzando las palabras de letra bastardilla, añadiendo la mímica necesaria cuando lo requería el caso, y comenzando con lentitud y misterio, y en voz contenida, los párrafos importantes, para subir la ansiedad al grado eminente y arrancar involuntarios estremecimientos de entusiasmo al auditorio, cuando adoptaba entonación más rápida y vibrante a cada paso. (doc. 1, l. 8-14)

Este pasaje es muy importante puesto que sienta las bases del papel de «tribuna» de la cigarrera Amparo que no sólo ascenderá a personaje político (p.125) sino también a personaje histórico: será la Mariana Pineda de La Granera con la que, irónicamente, la voz narradora la equipara en el capítulo XIX y, como don Quijote, realizará heroicas hazañas de defensa de los derechos de las cigarreras (remitimos al capítulo XXXIV «Segunda hazaña de *la Tribuna*»). Es la alegoría de la República, «la bella república de las grandes láminas cromolitográficas» (capítulo XIII «Tirias y troyanas», p.125) que adoptó su retórica de tanto dejarse impregnar por las palabras: «Su alma impresionable, combustible, móvil y superficial, se teñía fácilmente del color del periódico que andaba en sus manos, y lo reflejaba con viveza y fidelidad extraordinarias» (doc. 1, l. 14-16).

Cabe subrayar que Amparo, al dirigirse a los representantes de la Asamblea de la Unión del Norte en el capítulo XVIII «Tribuna del pueblo», habla en periódicos, reproduce sus discursos, los recita y demuestra el poder que ejerció en ella, pero también en la clase obrera sobre

todo en las cigarreras, esta prensa propagandística durante el sexenio democrático. Se ven literalmente impresionadas, subyugadas por el efecto de las palabras leídas con fervor por Amparo: «[...] a las cigarreras se les abrió el horizonte republicano de varias maneras: por medio de la propaganda oral, a la sazón tan activa, y también, muy principalmente, de los periódicos que pululaban. Hubo en cada taller una o dos lectoras; les abonaban sus compañeras el tiempo perdido, y adelante. Amparo fue de las más apreciadas, por el sentido que daba a la lectura» (doc. 1, l. 2 a 7). Pero la comprensión y recepción del mensaje son parciales en las obreras y el pasaje que vamos a citar subraya perfectamente cómo se comunica «la chispa eléctrica» (doc.1, l. 22) de la sensación de la lectura, es decir, que se trata más bien de una reacción física y no profundamente mental, intelectual: «Nadie más a propósito para un oficio que requiere gran fogosidad, pero externa; caudal de energía incesantemente renovado y disponible para gastarlo en exclamaciones, en escenas de indignación y de fanática esperanza» (doc. 1, l. 16 a 19). Amparo es «demagoga» pues sabe unir a las demás obreras, solo con su voz y su actitud, crear una «confraternidad política» (doc. 1, l. 2) a imagen y semejanza de la intención propagandística de la prensa revolucionaria: la identificación de Amparo con la prensa es total como don Quijote con sus modelos caballerescos. Ella adopta una convicción formal sobre la que más tarde en la novela ironizará la voz narradora sobre todo en el momento del banquete (capítulo XVIII «Tribuna del pueblo»). A pesar de ser un literato entregado a la escritura y de tener una vertiente quijotesca en la defensa del pobre y por su sentido de la justicia social en la novela, Isidro Maltrana adopta aquí más bien un comportamiento positivista, propio de un político demagogo quien finge creer en la fuerza de las ideas publicadas en la prensa.

Finalmente, el republicanismo y la bohemia eran ilusiones en los casos de Amparo y de Isidro Maltrana del documento 2, como lo fue la caballería andante en el siglo XVII. *La Tribuna* y *La Horda* tratan de una juventud ilusionada por ideales que los llevarán al fracaso de su vida y de su persona. No es de extrañar que la figura de don Quijote sea reconocida y ensalzada hasta tal punto que se fundó una revista a fines del siglo XIX (en 1892) titulada *Don Quijote* y concebida como tribuna política para denunciar la explotación de los más pobres. Dar cuerpo y alma a las ideas hasta convertirse en una figura alegórica de la República

es el punto común que Amparo mantiene con la tradición cervantina: don Quijote encarna grandes valores caballerescos, ya pasados de moda en su época que él defiende contra viento y marea. Amparo, como don Quijote, chocará duramente contra la realidad, ¿condición *sine qua non* para acceder al conocimiento, a la razón?

El dosier nos ofrece tres ejemplos de tres personajes cuyos sueños se destruyen en contacto con la razón o la experiencia y en su caso la(s) realidad(es) vence(n) la(s) ficción(es).

Primero, se puede trasponer esta lucha de la realidad con la ficción al contexto histórico de la diégesis de *La Tribuna*. Si la República constituía un bellísimo sueño de una sociedad aparentemente más justa, igualitaria y fraternal tal como la defienden las obreras en su microcosmos de la Granera, la historia dará muestra del fracaso de la ilusión republicanista de Amparo y de sus colegas de trabajo. La prensa permite crear este puente entre ficción y realidad ya que no sólo Emilia Pardo Bazán, escritora realista, se documentó en ella para la escritura de *La Tribuna,* sino que los periódicos están muy presentes en *La Tribuna*, desde la lectura superficial que Amparo hace de los periódicos revolucionarios como nos revela el documento 1, hasta la mención explícita a ellos en el capítulo X «Estudios históricos y políticos». Si el periódico ideológicamente orientado defiende, promueve ideas creídas por los lectores, se trata bien de un soporte real que circula entre las manos de todo el mundo. La voz narradora explica la índole falsa, artificial de la elaboración de un artículo de propaganda que la experiencia del personaje de Vicente Blasco Ibáñez confirma cuando Isidro miente en cuanto al alcance real de lo escrito puesto que se escribe este mismo artículo «cabeceando de sueño» (doc. 1, l.30), como precisa la voz narradora pardobazaniana. Isidro Maltrana se opone a la figura de Amparo pues es un intelectual, un erudito que vive de su pluma: es «negro» de un marqués, traductor mal pagado, frecuenta las redacciones, las bibliotecas, los cafés literarios. Como otros personajes de novelas españolas finiseculares –Alejandro Miquis de *El doctor Centeno* (1883) de Benito Pérez Galdós; Carlos Alvarado Rodríguez de *Declaración de un vencido* (1887) de Alejandro Sawa; Antonio Azorín de *La voluntad* (1902) de Azorín, por dar algunos ejemplos de la literatura finisecular–, Isidro Maltrana forma parte de una generación desorientada, perdida, incapaz

de elegir el camino por falta de voluntad aunque la paternidad le salve de su propio caos: «Toda su persona denunciaba la miseria de una juventud que lucha desorientada, sin encontrar el camino» (doc. 2, l. 5-6). Tanto la voz narradora de *La Tribuna* como la de *La Horda* dan cuenta de estas circunstancias materiales propias del oficio no tan dorado o glorioso de periodista: «¡Y cuánto se sorprendería la fogosa lectora si pudiese entrar en una redacción de diario político, ver de qué modo un artículo trascendental y furibundo se escribe cabeceando de sueño en la esquina de la mugrienta mesa, despachando una chuleta o una ración de merluza frita!» (doc. 1, l.28-31). Ser periodista es tarea difícil, dura que el Realismo se encarga de describir hasta en la ropa que un mísero escritor-periodista llevaba, reflejo simbólico y físico de la miseria material del periodista: «Sus botas mostraban los tacones rotos y el cuero resquebrajado bajo los roídos bordes del pantalón. Un macferlán de un negro rojizo servíale de abrigo, y por entre las solapas mostraba con cierto orgullo su único lujo, el lujo de la juventud mísera, una gran corbata de colores chillones, que ocultaba la camisa, y un cuello postizo alto, de rígida dureza, pero cuyo brillo había tomado, con el uso, una blancura amarillenta de mármol viejo» (doc. 2, l. 6-11). Isidro Maltrana conoce los bastidores de las salas de redacción, contrariamente a Amparo. Escribir en la prensa es un oficio ingrato que reúne a fines del siglo XIX y principios del siglo XX a jóvenes escritores llegados a la capital con ilusiones de gloria literaria pero sin dinero. Isidro es un pícaro de la las letras, el hampón, un bohemio que hace las veces de periodista en condiciones muy difíciles donde reinan la miseria, el sueño y el hambre, estados muy alejados de las concepciones ideales aplicadas al periodismo: excitación, pasión, conquista de la gloria. Isidro Maltrana es el arquetipo novelesco del bohemio literario en busca de gloria y de éxito y escribir en un periódico se concebía como el primer escalafón hacia esta gloria, que no dejará de alejarse en su caso. Isidro queda así desilusionado. Una desilusión que se plasma en su vestir, reflejo de la dificultad de ser un escritor. La bohemia es pasar hambre y vivir, agotado, con la ilusión de «llegar». En Isidro Maltrana, como en muchos bohemios que han malogrado sus estudios y se dejan invadir por la abulia o por la falta de voluntad y prefieren charlar en tertulias de cafés. El desengaño o el restablecimiento de la realidad pasa por la ironía de la que usa la escritora para

destruir las nobles e ingenuas aspiraciones de cambio social. Amparo es un personaje engañado. Isidro Maltrana lo es también por sus ideales de aristocracia intelectual. Los tres personajes, don Quijote, Amparo e Isidro son figuras del fracaso de los ideales contra la realidad. A pesar de cierta voluntad de emancipación, el determinismo obra en *La Tribuna* no sólo por la categoría social (es cigarrera como lo fue su madre y el capítulo II subraya ya este determinismo cuando la madre de Amparo quiere que su hija se coloque como ella en la fábrica) sino por el destino trágico que espera a Amparo madre soltera, engañada por el hombre. En cierto modo se repite la historia de la mujer víctima de su orgullo y del amor. Amparo es responsable de su situación: ha elegido seguir la vía de Ana la Comadreja, una vida libre. Bien le había puesto en guardia el propio Chinto contra este afán ilusorio de participar en hechos políticos que superan el entendimiento y la clase de Amparo: «Andas metiéndote en cuentos...» (capítulo XII «Aquel animal», p.123). La Historia acompaña el desarrollo del personaje y su compromiso político da cuenta de su lucha interior por intentar liberarse de su condición social y dar un sentido a su voluntad de emancipación, que, como sabemos, fallará: Baltasar la abandonará y ella dará a luz a su hijo en el último capítulo casi a solas y entre los vivas de la calle que celebran la llegada de la República federal en febrero de 1873. La verdad, revelada por los hechos, es dura: Amparo ha sido engañada por Baltasar Sobrado. Del caos de la historia nacerá la lección de vida: sin conocimiento ni instrucción, se llega al error, a la mentira, una lección confortada por la ideología de la escritora que no cree en la mezcla de las clases populares y burguesas. Por lo demás, la voz narradora traduce la manera cómo la historia –la realidad– se interpreta, se modula, primero, en los periódicos que orientan políticamente y, después, con la lectura oral, teatral de Amparo cuyos efectos causan sensación en el auditorio, como lo vimos en la primera parte. La lectura crea solidaridad, una «confraternidad política» (doc. 1, l. 2). Así, si el trabajo del periodista y la operación de lectura contribuyen a la deformación de lo real, sin embargo, es la única vía de acceso a la Historia, a los acontecimientos políticos para las cigarreras, muchas de ellas analfabetas. A este propósito, la voz narradora recuerda la ventaja de Amparo de saber leer, una facultad que desarrolló de niña cuando leía el periódico al barbero, como podemos leerlo también en el capítulo II «Padre y madre» o en VIII «La chica vale un Perú»: «Amparo

fue de las más apreciadas, por el sentido que daba a la lectura; tenía ya adquirido hábito de leer, habiéndolo practicado en la barbería tantas veces» (doc. 1, l.6-8).

La vida auténtica ¿es la de dejarse llevar por las sirenas de la ilusión o, por el contrario, una victoria sobre ellas? Amparo, como don Quijote, lo aprenderá a su pesar y recibirá una lección de vida, e Isidro Maltrana, ya desilusionado, da cuenta de la realidad del periodismo y de las letras en la España finisecular. Pero todas estas ficciones ¿no son el producto de una imaginación creadora capaz de tender un puente con la realidad? ¿No forman parte, en resumen, de un proceso de escritura profesional?

Las ficciones novelescas *La Tribuna* y *La Horda*, y, de cierta manera, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, crean realidades verosímiles: resultan del estudio casi científico de los hechos observados; pero también, como defendió Ana María Matute en su discurso «En el bosque» citado al principio de nuestra primera parte: «Cuando en literatura se habla de realismo, a veces se olvida que la fantasía forma parte de esa realidad [...]. Por eso, me resulta tan difícil desentrañar, separar imaginación y fantasía de las historias más realistas, porque el realismo no está exento de sueños ni de fabulaciones» («En el bosque», discurso leído el 18 de enero de 1998 por Ana María Matute; documento disponible en la página internet de la Real Academia Española: <https://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_Ingreso_Ana_Maria_Matute.pdf>; p.23-24).

¿No es así como Emilia Pardo Bazán concebía la novela *La Tribuna*? La propia escritora, al hablar de Marineda, declara en el prólogo lo siguiente confirmando el diálogo incesante entre realidad y ficción, sobre todo en el contexto del realismo español decimonónico:

> Este privilegio concedido al novelista de crearse un mundo suyo propio, permite más libre inventiva y no se opone a que los elementos todos del microcosmos estén tomados, como es debido, de la realidad. (Prólogo a *La Tribuna*, p. 57)

El periodo revolucionario fue particularmente fecundo en reuniones partidarias de la República cuyos ideales de igualdad, fraternidad y libertad hicieron mella en la clase obrera. La voz narradora desarrolla e insiste en el papel de «pasionaria» de la voz que es Amparo cuyos conocimientos de la lectura la aúpan al rango de lectora. Se compenetran así

historia, prensa y creación literaria tanto más en cuanto que la propia escritora, precoz lectora apasionada de la *Biblia*, de la *Ilíada* y de *Don Quijote de la Mancha*, también lee con afán la prensa, los periódicos no solo de adolescente sino en el momento de la creación de *La Tribuna*. A través del personaje de la cigarrera, que la voz narradora caracteriza de «impresionable» (doc. 1, l. 14), la escritora reconstituye no sólo un contexto histórico (la Historia como materia novelesca le interesa particularmente), sino también el propio proceso de creación novelesca (las intertextualidades literarias o artísticas, el uso de textos leídos en la prensa, el uso de la fantasía). La prensa crea este vínculo entre ficción y realidad. De cierto modo, ya el periodista recrea los hechos reales y, sobre todo, en el caso del periodismo finisecular, el artículo de prensa se hace crónica, es decir un texto híbrido entre artículo de prensa y otros géneros como el cuento, por ejemplo. Así, la relación ficción y realidad se hace compleja ya desde el artículo de prensa tanto más cuanto que la ilusión funciona en el lector «impresionable». Emilia Pardo Bazán contaba en sus *Apuntes autobiográficos* (1886) este poder de la Historia en su imaginación y, pues, en el desarrollo de su escritura: la Guerra de África (1859-1860), la Septembrina. La Historia tiene su correlato en la ficción: el caos del periodo revolucionario se repercute en la relación sentimental de Amparo con Baltasar. David Henn en su texto «Aspectos políticos de *La Tribuna* de Emilia Pardo Bazán» afirma que «Desde el punto de vista del desarrollo de *La Tribuna*, con la llegada de la Revolución se inicia el interés de Amparo por la política, un interés que luego asocia ella cada vez más con su meta personal de casarse con Baltasar» (Henn, David, «Aspectos políticos de *La Tribuna* de Emilia Pardo Bazán», *in* J.M. Ruiz Veintemilla ed., *Estudios dedicados a James Leslie Brooks*, Barcelona, Puvill, 1984, p.77).

Cabe insistir, por lo tanto, en el hecho de que la base de la escritura de *La Tribuna* se encuentra en la realidad observada por Emilia Pardo Bazán así como ella misma lo precisaba en sus *Apuntes autobiográficos*:

> Quien pasee la carretera de mi pueblo natal al caer la tarde, encontrará a docenas de grupos de operarias de la Fábrica de cigarros, que salen del trabajo. Discurría yo al verlas: –¿Habrá alguna novela bajo esos trajes de percal y esos raídos mantones? –Sí, me respondía el instinto: donde hay cuatro mil mujeres, hay cuatro mil novelas de seguro: el caso es buscarlas. Un día recordé que aquellas mujeres, morenas, fuertes, de aire resuelto, habían sido

> las más sectarias de la idea federal en los años revolucionarios, y parecióme curioso estudiar el desarrollo de una creencia política en un cerebro de hembra, a la vez católica y demagoga, sencilla por naturaleza y empujada al mal por la fatalidad de la vida fabril. De este pensamiento nació mi tercera novela, *La Tribuna*. (*Apuntes autobiográficos*, 1886)

La realidad que da a ver la voz narradora es una manera de rendir homenaje a la lucha de un grupo femenino singularizado por el personaje de Amparo que irá «ascendiendo a personaje político» (capítulo XIII «Tirias y troyanas», p. 125). Amparo se destaca del grupo de las cigarreras gracias a este papel de «tribuna» y, así, es necesario ir más allá de las apariencias para encontrar a la verdadera mujer, a la obrera que encarne los valores de la república federal. *La Tribuna* es una novela con una fuerte referencialidad histórica que da cuenta de la evidente imbricación realidad-ficción, sobre todo en el caso del realismo. Pero, si la ficción se nutre de la realidad, también la ficción recrea realidades. Emilia Pardo Bazán, si ha observado el trabajo de las cigarreras en la Manufactura de la Palloza de la Coruña, si se ha documentado sobre el periodo histórico, si manifiesta una intención naturalista de analizar las reacciones de un «cerebro de hembra» en el contexto revolucionario, deja también el campo abierto a la imaginación, con la creación de realidades ficticias a través del destino de Amparo, del de Ana *la Comadreja* o, aún, del de *la Guardiana*. Una modalidad de su realismo que parece compartir con Vicente Blasco Ibáñez cuando éste evoca la índole de su escritura: «El novelista reproduce la realidad a su modo, conforme a su temperamento, escogiendo en esa realidad lo que es saliente, y despreciando, por inútil, lo mediocre y lo monótono» (*Obras completas*, Tomo I, Madrid, Aguilar, 1958, p. 14). Don Quijote ¿no sería también, de cierto modo, el doble deformado del creador que da vida, cuerpo y alma a sus ficciones, una ilusión de realidades? Los molinos ¿no son gigantes para él? Y la fonda, ¿un castillo? Al fin y al cabo, tanto *Don Quijote* como *La Tribuna* invitan al lector a reflexionar sobre la manera de contar la historia, de cómo hacerla verosímil. La historia tiene sus virtudes y sus imperfecciones pero el historiador es limitado con respecto al novelista que tiene más libertad pues, como afirma Daniel Eisenberg en *Cervantes y Don Quijote*:

> La literatura de creación, empero, ofrece perspectivas más anchas. Igual que el pintor, una comparación que Cervantes hace a menudo, el autor de literatura imaginativa puede crear sus mundos según su voluntad. Aunque el tema de su cuadro o novela sea ficticio, todavía puede ser verdadero. Se aproxima a la verdad por ser verosímil, o en término más familiar hoy día, realista. La obra más realista, entonces, es la más verdadera, y por ello la más sana. También puede ser verdadera en el sentido de presentar una verdad moral. (Barcelona, Montesinos Editor, 1993, p. 40).

Para concluir, este dosier reúne al famoso don Quijote y a Amparo por su fe en el poder de transformación de la lectura; a Amparo y a Maltrana por su relación diferente e incluso opuesta con el periódico, pues, si la una es una «fogosa lectora» sin discernimiento, «impresionable», «superficial», el otro finge creer en las ideas de la prensa que la tarea de periodista requiere manipular profesionalmente. Dicho de otro modo, si Amparo existe por su capacidad de dar voz y cuerpo a lo escrito, lo mismo que don Quijote, Isidro prefiere contestar con hipocresía al entusiasmo de su interlocutor (miente con benevolencia a fin de mantener la ilusión). Sin embargo, el aspecto físico puede reunirlos por pertenecer ambos personajes a la clase popular, pero los oponen la inteligencia, la instrucción. Amparo es la mariposa atraída por la luz artificial de las «letras de molde»; don Quijote encarna a los héroes con los que se identifica: adoptará el vestir y el actuar. Como contrapunto a estos dos personajes que despertarán dolorosamente a la razón, está Isidro Maltrana, un joven ya amargado, frustrado y desilusionado por su experiencia en las salas de redacción de periódicos comprometidos con la lucha obrera y la justicia social. Con estos tres personajes se crea una dialéctica entre el campo de las ficciones y el de las realidades. Así, voz, gesto y ademán acompañan la conformación del personaje-actor. Un histrionismo, una teatralidad que dan un carácter grotesco al personaje tanto más en cuanto que éste se convence de su tarea, de su papel que sale además del papel.